Una noche sacra

Maribel Moreno

Capítulo 1

El aire frío de invierno cautivaba mis piernas descubiertas por la oscura falda que vestía. El aroma del agua humedecía mi rostro y pecho. Y entre la música de una romántica noche me guié hacia un restaurante de gente bohemia.

Y estando ahí fue como lo conocí. Entre miradas que acusaban mi atractivo caminar, estaba él. Y a pesar de la apasionada conversación que parecía tener, logré captar su atención.

Entonces comenzó la misa. Era la iglesia una joya antigua de la época de la conquista. Tenía arreglos de rosas blancas. La gente usaba elegantes vestidos, pues la ceremonia era digna de tales. Apenas ocupé mi lugar en una de esas largas bancas de madera, cuando inevitablemente mi mirada se posó sobre él. Ahí estaba él. Era él y el Gardellino de Vivaldi que chillaba en su violín. Desde entonces lo deseaba.

Comenzó el sacerdote a decir su discurso y yo ya no presté más atención; tan solo podría contemplar al violinista salido del restaurante bohemio. Entonces la realidad y la fantasía parecían tomar una misma forma, una misma figura, como si las dos formaran parte de ese mundo real en que respiraba, en que suspiraba y me enamoraba de aquel muchacho. El tema sagrado que envolvía las paredes del lugar, se convertía ahora en un aroma de lujuria y deseo que se mezclaba con las rosas frescas, produciendo en mi boca un dulce sabor que espera degustarse en el de otra más. Y por más que me esforzaba en atraer su mirada, él tan solo hacía su trabajo; y por más que gritaban mis ojos pidiendo respuesta, no logré ser atendida. Tan solo se limitaba a besar a su amante de que yo celosa disfrutaba, tan solo había espacio para tocarla y sentirla. Tan solo lloraba al lado de la fiel voz chillona de su violín. Y mientras tanto, yo también lloraba de angustia en mis adentros, esperando ver al menos en él una seña que anunciara mi presencia. Pero no fue así.

No fue así hasta que un Ave María unió nuestras miradas entre mis ruegos al Señor. Sobre mis rodillas estaba yo cuando nuestros latidos se encontraron en una misma nota, e n una misma estrofa de aquella canción que en voz soprano elevó nuestros sentidos, al mismo tiempo que se erizaba mi piel, hasta lo más alto de las cúpulas de la iglesia. Fue entonces cuando una vista no soltó a la otra.

Y así fue hasta que un Canon in D de Pachelbel despidió la misa, en que ambas miradas intentaron descifrar lo que veía la otra, contemplando entre sí belleza y fantasía que en cada uno de nosotros se encerraba. Corrieron miradas, una sobre la otra, derritiendo en deseo, desvistiendo secretos que a momentos se escondían, devorando historias que nos obsesionaban desde hace tiempo, y que era momento de sentirlas;

hablándonos entre nosotros con silencios y sonrisas.

El tiempo corría; el tiempo se deslizaba por nuestros cuerpos en picada. El tiempo parecía correr como agua entre las piernas. Y eso nos importaba. La gente platicaba en el portal; mientras que las tinieblas parecían ser más excitantes de lo que Dios señalaba; tan excitantes, que el tiempo comenzó a caer como lava sobre nuestros genitales. El calor nos envolvía en una nube de intensos centros que unía nuestros cuerpos cada vez más y más, desde la punta de las lenguas hasta su pene, que quemaba a cada segundo que me penetraba; en la fantasía.